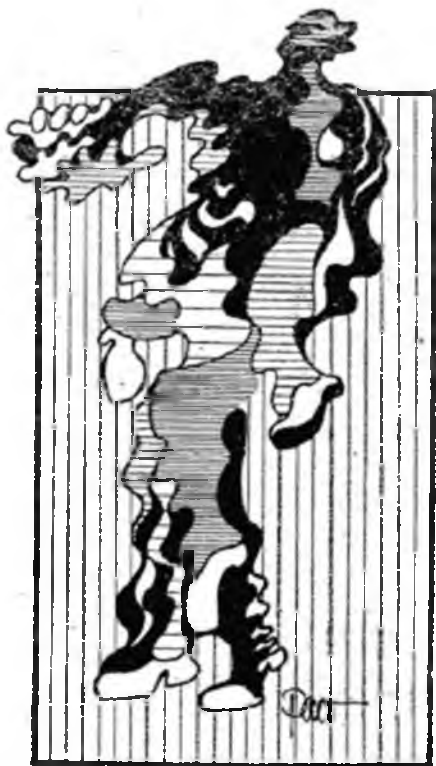


UN HUMOR BASTANTE NEGRO



• Virgilio Piñera: *EL QUE VINO A SALVARME*. Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1970, 300 pp.

EL título "Goyescas" que "Temps Modernes" le adjudicara a una selección de cuentos del cubano Piñera, no contó con el asentimiento de su autor. Tal vez porque si bien "el sueño de la razón engendra monstruos" —lema adoptado e ilustrado profusamente por Goya— a Piñera le interesa más su variada descendencia de payasos y fantasmas. Más valdría llamar disparates a sus cuentos, aunque afecte tomarlos muy naturalmente en serio. Y si al mismo tiempo los toma a la chacota, se trata en verdad de una chacota negra, de ese humor que empieza por ser desesperación a cara descubierta, para continuar después mal oculta bajo máscaras grotescas. Sus cuentos se reducen a veces a una sola peripecia muy escueta, prolongándose otras en ristas de hechos despedazados, que relata con fingida naturalidad. Fue moda compararlo a Kafka por esa manera de concebir situaciones absurdas como si no lo fueran. En ese manejo de plausibles, aunque no factibles imaginaciones, el acierto del autor, si no constante, es al menos coherente. Su disposición mantiene en efecto a través de muchos años (desde 1944 a 1967) ese cultivo de un onirismo desatado, afectando realidad y lógica, intercalando truculencias y sorpresas, en tanto sonríe, aunque bastante aviosamente, sólo con la parte inferior del rostro, como si en su mirada, fija en nosotros, brillara un infatigable satanismo, una seriedad al acecho de nuestra capacidad de reconocer dicha seriedad debajo de tan disparatada diversión.

A través de lo que puede parecer mera arbitrariedad, algo en cada relato se mantiene constante: una intención, una actitud, un hecho que se anuncia o que se espera. No se llega así al punto de desbaratar el hilván inicial que será final: ésa es su parte de vigilia, o de concesión a este mundo. Pero no se intenta extraer moralejas, o algo así: a lo sumo, algo, a veces, es sugerido sobre la condición humana, pero sólo como indecisa sospecha de la que más vale dejar señas inciertas. Es frecuente el recurso de la postergación de prosapia también kafquiana, pero sólo como ingrediente, aunque a veces esté muy cerca de invadir el tema central. Los sentimientos, en todos los casos, son reales y reconocibles, les dan rostro humano a los absurdos parciales, una carta de ciudadanía que no se nos puede ocurrir cuestionar.

Algunos relatos —"La Boda", "El Comercio"— son perfectas y notables parodias —avant la lettre del mejor estilo Robbe-Grillet, una objetividad que al final se comenta a sí misma muy dis-

cretamente, ridiculizando tanto la inflación sentimental previa, como la técnica nouveau roman que pretende desinflarla. En "El Conflicto", la duración, la ineluctabilidad del tiempo, la irradiación del instante, dan lugar a un planteo de intensa sugestión. En los últimos cuentos —un ejemplo claro es "Natación"— asoma una irrealidad demasiado deliberada como para poder ser considerada surrealista. La sátira llega a ser tan fría y a fondo, que parece gratuita; lo que se satiriza no es nada en particular, sino todo. En otros cuentos —como en "La locomotora"— Piñera lo inventa desafortunadamente peligroso a la razón y delira con motivo de la afirmación más trivial: todo queda sumergido en la inseguridad. El "choteo" típicamente cubano, pariente cercano de nuestro "tomar para el churrete" no disimula su fondo trágico en "El enemigo" y otros cuentos. En los de 1962, más coherentes, se utilizan menos piezas. La extrañeza no necesita en ellos descentrar tanto lo usual: se sigue más de cerca la vida corriente; el autor exagera a lo sumo ciertas notas pero inviste a todas de ese toque que las vuelve, o ridículas, o sencillamente asombrosas. No necesita para ello abandonar el habla común ni ese aire constante de "choteo". A veces se complace demasiado en su técnica y los asuntos amenazan disolverse: todo ocurre entonces en una superficie que parece bastarse a sí misma.

El libro es digno de conocerse. Entusiasmara seguramente a muchos, aunque no es fácil que ese entusiasmo dure. Lo peor que puede pasarle al lector es querer imitarlo. Las de Piñera son virtudes aceptables en el creador, pero que apesentan en los imitadores.

WASHINGTON LOCKHART